

Función subjetivante y construcción del lazo social: de la violencia a la simbolización¹

Por: Ana Laura Rodríguez Yurcic
(Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNCuyo)²

El fenómeno de la violencia entre adolescentes interroga la responsabilidad y la función de los adultos. Se intenta mostrar la relación entre las dificultades en la función subjetivante y el debilitamiento del lazo social desde una perspectiva psicoanalítica.

Estos quiebres del lazo social entre jóvenes se piensan en relación con funciones que deben cumplir los adultos. La función subjetivante establece las coordenadas para que advenga el sujeto y está en relación con el manejo de lo simbólico. Sin una suficiente inscripción del entramado simbólico, el sujeto se encuentra sin herramientas para la participación y el intercambio con los otros, ya que no logra percibirlos como semejantes.

Subjectivating function and social bond: from violence to symbolization

Abstract

The fact of violence between adolescents asks about the responsibility and de function of adult people. We try to show the relation between the difficulties of de subjectivating function and the social bond rupture, from a psychoanalytic view.

This ruptures in the social bond between young people can only be thought in relation with functions that must be complied by adults. The subjectivating function establishes the coordinates for the subject to arise, in relation with symbol management and creativity development. Without a real inscription in the symbolic framework, the subject finds him-herself in an absence of tools for the participation and exchange with other people, because she/he doesn't make the way to perceive them as peers.

¹ Las reflexiones presentes en este trabajo se sustentan en los datos empíricos y las discusiones de equipo que se realizaron en el marco del Proyecto de Investigación «Realidad educativa en Mendoza: violencia y consumo en adolescentes insertos en escuelas y universidades», del Consejo de Investigaciones de la Universidad del Aconcagua, 2010-2011.

A su vez, lo esencial de este artículo fue expuesto como ponencia en las Terceras Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos, organizadas por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNCuyo, entre el 28 y el 30 de noviembre de 2012.

² alarodriguez@speedy.com.ar

Introducción

El fenómeno de la violencia entre adolescentes³ interroga la responsabilidad y la función de los adultos. En este trabajo se intenta mostrar la relación entre las dificultades en la función subjetivante y la debilitación del lazo social, desde una perspectiva psicoanalítica.

La hostilidad entre pares no es novedad para el psicoanálisis: ha sido ampliamente estudiada tanto por Freud como por psicoanalistas posteriores. Sin embargo llaman la atención algunos matices actualmente asociados a ella. Entre otros, la aparición de ciertos modos de diversión que implican algún ejercicio de la crueldad. Nos referimos a las diversas formas de acoso u hostigamiento, que en casos leves llevan a dificultar las relaciones y en casos extremos producen tal sufrimiento psíquico que han desencadenado el suicidio.

Estos quiebres del lazo social entre jóvenes se piensan en relación con funciones que necesariamente deben cumplir los adultos (encarnados en madres, padres, docentes, profesionales, instituciones). La función subjetivante establece las coordenadas para que advenga el sujeto, está en relación con el manejo de lo simbólico y el desarrollo de la creatividad. Sin una suficiente inscripción del entramado simbólico, el sujeto joven se encuentra sin herramientas para la participación y el intercambio con los otros, ya que no logra percibirlos como semejantes.

3 No es propósito de este trabajo deslindar conceptualmente los términos adolescencia y juventud. En principio tomaremos al grupo adolescente según lo convencionalmente aceptado por la Organización Mundial de la Salud, como la población comprendida entre los 10 y los 19 años, y al grupo de jóvenes como el comprendido entre los 15 y los 24 años; entre ambos constituyen aproximadamente el 30 por ciento de la población de América Latina (Donas Burak, 2001). Ya que nos proponemos abordar la función de los adultos (entre quienes se considera relevante la posición de los profesores) en relación con los adolescentes y jóvenes, interesa especialmente el grupo de los que se encuentran insertos en instituciones educativas. Aun así, nos alejamos de la concepción de la juventud como «moratoria social» al entender que una gran parte de los adolescentes insertos en escuelas no estarían comprendidos en esta categoría. Como señalan Margulis y Urresti (2001), si solo se tiene en cuenta al definir a la juventud la posibilidad de acceder a la moratoria social, quedarían por fuera los integrantes de los sectores populares. Estos jóvenes «...deben ingresar tempranamente al mundo del trabajo –a trabajos más duros y menos atractivos–, suelen contraer a menor edad obligaciones familiares (casamiento o unión temprana, consolidada por los hijos). Carecen del tiempo y del dinero –moratoria social– para vivir un período más o menos prolongado con relativa despreocupación y ligereza» (p. 17).

«En mi época... no pasaba». ¿O pasaba?

La primera de las cuestiones que surge frente a los fenómenos de violencia entre pares es una suerte de idealización de los tiempos pasados, como si antes no hubiesen existido el maltrato ni la agresión. Desde el psicoanálisis se sostiene, en cambio, que la agresión y aun la violencia⁴ son consustanciales a lo humano. Y más bien el respeto por el otro es un arduo trabajo de construcción social. Así sostiene Freud que «el prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo» (Freud, 1987 [1930]: 108).

En el ser humano no hay frenos naturales para la agresión (Rodulfo, 2012: 31). Si se lo piensa desde la institución familiar, el primer otro semejante es el hermano⁵. Y justamente al reparar en las relaciones fraternas, es absurdo suponer que siempre sean amables: numerosos son los ejemplos de hostilidad entre hermanos, durante la niñez y aún siendo ya adultos.

El niño mayor maltrató al menor, lo denigró, le quitó sus juguetes; el menor se consumió en furia impotente contra el mayor, lo envidió y lo temió, o enderezó contra el opresor sus primeros conatos de libertad y de conciencia de lo justo. (...) El niño es absolutamente egoísta, siente con intensidad sus necesidades y se afana sin miramientos por satisfacerlas, en particular contra sus rivales, los otros niños, y en primer lugar contra sus hermanos»⁶ (Freud, 1987 [1900]: 260).

4 Los términos agresividad, violencia y crueldad se utilizan con múltiples sentidos. A grandes rasgos puede decirse que la agresividad se ubica en la relación dual entre el sujeto y el otro semejante; está vinculada al orden imaginario y tiene que ver con la lucha por la supervivencia. La agresión puede entenderse como una acción defensiva frente a la percepción de un peligro real o imaginario. En cambio, la violencia implica un avance contra la voluntad o la resistencia del otro. Mientras que en la crueldad está presente el ensañamiento: en el acto cruel hay deleite por el sufrimiento ajeno.

5 Al hablar de hermanos, no nos referimos necesariamente a un lazo biológico, sino más bien a un lazo simbólico que determina el parentesco. Se trata de aquellos que reconocen a los mismos padres; que fueron socializados primariamente por los mismos miembros de la generación que los precede.

6 Esta idea será retomada en 1915 en la Conferencia N°13, *Rasgos arcaicos e infantilismo del sueño*. Allí señala que los motivos de «violentos conflictos» entre hermanos son: la competencia por el amor de los padres, el patrimonio común, el espacio dentro de la casa. La hostilidad no hace diferencias entre hermanos menores y mayores. Cfr. Freud, (1987 [1915]: 186-187).

Durante la infancia faltan los frenos a la hostilidad. Con el tiempo se va desarrollando un yo secundario que se superpone al primario y lo inhibe, y así se construye la consideración por los otros. Generalmente se establece una actitud más tierna con los demás; pero la hostil ciertamente es la más precoz.

No solo los sentimientos agresivos están presentes en las relaciones entre hermanos, lo mismo sucede con el impulso sexual. Así lo explicita Freud en *Tótem y tabú*⁷, donde plantea una metáfora para explicar el origen de lo social, a partir de la enunciación de una ley a la que todos se someten por igual.

En esta supuesta comunidad primaria, Freud sostiene que se instituye el totemismo (adoración y respeto al tótem, prohibición de matarlo) y se ordenan las relaciones sexuales a través del establecimiento de la exogamia (prohibición de relaciones sexuales con mujeres pertenecientes al tótem). Los miembros del mismo tótem se consideran hermanos y hermanas. La fuerza de la comunidad se fundamenta en el respeto de las prohibiciones por parte de cada uno de sus integrantes.

De manera que tanto el incesto como el parricidio quedan prohibidos, posibilitando la convivencia. A su vez la sanción y el castigo a quienes infringen la ley excluyen la venganza y la justicia por mano propia. Quedan así reguladas, desde la comunidad, tanto la violencia como la sexualidad.

En el origen de la obediencia a la ley hay una renuncia pulsional. Para pertenecer a un grupo es necesario resignar cierta satisfacción individual. Esta renuncia tiene que ver con acotar la pulsión sexual (ya que no se podrá tomar cualquier objeto sexual, ni de cualquier modo) y la hostil (en tanto estará prohibido destruir al otro). Se trata entonces de una construcción social, que no es sin costo para el sujeto. Cede algo de sí para poder ligarse con los otros miembros de su comunidad.

⁷ En *Tótem y tabú*, escrito en 1912, Freud desarrolla el mito de la horda primitiva y el padre primordial. Allí relata que el padre no permitía el acceso de ninguno de los hijos a las mujeres del clan: todas las mujeres eran del padre. Los hijos se unieron para matarlo, y luego del asesinato, ingirieron sus restos. A partir de esa muerte, establecieron un pacto: prohibición de matar al tótem (animal que representa al padre) y prohibición de tener relaciones sexuales con las mujeres del clan. Se estableció así el totemismo y la exogamia; y los hermanos cumplieron la ley más aún que cuando el padre estaba vivo. Este mito da cuenta de la constitución de la ley; muestra que a partir de algo prohibido se establece también lo permitido, dando lugar al lazo social (Freud, 1987 [1912-13]:12-26).

Tiempos violentos.

Aceptamos entonces que la violencia entre pares existe desde siempre: desde siempre en la historia de la humanidad y desde siempre en la historia personal, en el inicio mismo de las relaciones familiares. Puede plantearse entonces la pregunta acerca de las especificidades que presenta hoy la violencia en las relaciones entre adolescentes.

Entre los profesores está presente la percepción de que hay fuertes expresiones de violencia entre los chicos. Les llama más la atención la violencia entre compañeros, que de alumnos hacia profesores o viceversa, aunque reconocen que estas otras formas también existen. Por su parte los jóvenes también perciben violencia⁸. A muchos les molesta y a veces tienen la impresión de no poder hacer nada para evitarla. Las quejas más frecuentes tienen que ver con el maltrato verbal, el uso de sobrenombres despectivos aun entre amigos, violencia de género, acoso y peleas entre bandas. Hay situaciones que ocurren a la vista de profesores, en muchos casos sin que haya intervenciones oportunas.

De las distintas formas de violencia interesa destacar una modalidad que se viene sosteniendo y hasta se ha incrementado, que es la violencia tomada como entretenimiento. Esta nos permitirá pensar en algunas peculiaridades.

Nos referimos a ciertos modos de hostigamiento, donde uno o varios chicos toman a otro, más débil, como objeto de diversión, en algunos casos con apoyatura tecnológica. Este tipo de burlas (donde el otro es objeto de una broma pesada, y se registra su reacción) ha sido muy promocionada por ciertos programas de televisión, desde hace ya décadas en nuestro país.

En el ambiente escolar, más que como una simple broma, puede llegar a instalarse como un tipo de relación. Es decir, deja de tratarse de un hecho circunstancial, para conformar una «rígida configuración dominante-dominado/ hostigador-hostigado» que se perpetúa en el tiempo. Este patrón

8 En el Proyecto de Investigación ya mencionado, realizado en el marco del CIUDA, se trabajó –entre otras técnicas de abordaje– con grupos focales con profesores y estudiantes de cuatro escuelas secundarias de Mendoza. Los datos tomados coincidieron con otras investigaciones en nuestro país, que dan cuenta de esta *percepción* de la violencia por parte tanto de los profesores como de los estudiantes. Entre otras: Veccia, Calzada, Grisolfá, 2008; Gil Moreno y otros, 2010.

interpersonal responde al concepto de «maltrato u hostigamiento entre pares» (Veccia, Calzada, Grisolí, 2008: 180)

Ni la burla ni el acoso son fenómenos nuevos. La mayor gravedad de esta manifestación actual tendría que ver con una ausencia de modulación, con una seria dificultad para captar cuál es el momento de detenerse, y con una falta de rotación de los lugares. Se establece una fijeza que se sostiene en el tiempo, lo cual lleva al sujeto víctima a estados de desesperación. Por otra parte, suele existir la idea de que los adultos nada pueden hacer o de que su participación agravaría las cosas. De modo que ese sujeto queda sumido en el silencio respecto del profundo malestar que experimenta. Sintetizando, «debe existir una víctima (indefensa) atacada por un par; debe existir una desigualdad de poder o un desequilibrio de fuerzas, entre el más fuerte y el más débil y la acción agresiva tiene que ser repetida, tiene que suceder durante un largo tiempo y de forma recurrente» (Veccia, Calzada, Grisolí, 2008: 180). En realidad, la relación *entre pares* ha sido quebrantada, pues no hay reciprocidad entre los implicados.

Otra particularidad es que es algo que se hace a la vista de todos. No es criticado, tampoco es un secreto, aunque puede ser disimulado. Del lado de quienes hostigan se lo toma como una diversión. Es una acción que se produce sostenida por el grupo, entre compañeros. El adulto no advierte lo que sucede, y si lo hace, en general no interviene o lo hace tarde. Hay un efecto de atrapamiento de los participantes. Desde el grupo, se mantienen las posiciones de espectadores no críticos: se quedan callados o arengan a los participantes directos.

Este tipo de interacción puede dar lugar a lo que Marta Gerez Ambertin ha definido como «montajes perversos», los cuales «se producen cuando un sujeto integrante de una dupla o del grupo queda en posición de residuo (desubjetivado), de resto destituido por las palabras o los actos del o los partenaire/s» (Gerez-Ambertin, 2009).

Diferencias con el chiste y el juego: presencia de la terceridad

La burla y el acoso suelen presentarse hoy como *diversiones* que implican un ejercicio de la crueldad, y son un modo de *pasar el tiempo* sin registro del semejante en tanto sujeto. En estos fenómenos violentos, el otro es tomado

como objeto para la propia satisfacción. En realidad, no hay transgresión, sino obediencia al mandato de la diversión sin condiciones. El entretenimiento así planteado, se vuelve autoerótico, en tanto el otro no cuenta. Goce solitario y silencioso, autista y mudo, que prescinde de la relación con el semejante, aún en la paradoja de estar en grupo. No hay circulación de la palabra, no hay relato: solo descarga.

El psicoanalista Fernando Ulloa nos proporciona elementos para distinguir entre el fraude y la transgresión: «Los fraudes suelen ser, dentro de la mortificación, infracciones ventajeras; éstas nunca alcanzan el nivel de una transgresión, que para bien o para mal, siempre es fundadora de algo» (Ulloa, 2012: 64). La transgresión es fundante, porque implica el compromiso del sujeto. El fraude y otras expresiones, aparentemente transgresoras, no lo son en realidad. El sujeto no se responsabiliza en el acto que produce. O mejor dicho, no hay producción de sujeto en ese acto. Se trata de un momento de desubjetivación.

En cambio, existen otros modos de entretenimiento en los que el otro sí cuenta y en las que el sujeto está implicado: el chiste, el juego, la producción artística... ¿Qué diferencias plantean con la burla que puede llegar al acoso? También divierten, pero de otro modo. La metáfora permite modulaciones y encubrimientos entre los que circula el deseo.

El chiste ha sido entendido como la «aptitud para crear con sorprendente rapidez una unidad a partir de diversas representaciones que en verdad son ajenas entre sí por su contenido interno y el nexo al que pertenecen» (Jean Paul citado por Freud 1987 [1905]: 13). También se destaca «el contraste de representación, el sentido en lo sin sentido (en el disparate), el desconcierto e iluminación». Aclaremos esto último diciendo que el chiste y lo cómico pueden presentarse como expresiones o palabras defectuosas, incomprensibles o enigmáticas. Generan desconcierto por un instante. Pero el efecto cómico resulta en el momento en que se produce el entendimiento. A su vez «el chiste debe poner de relieve algo oculto o escondido» (Fischer, citado por Freud (1987 [1905]:15). En esto último radica la transgresión: franquea una censura diciendo más de lo que se puede decir, y al franquearla, da cuenta de ella y se revela el sujeto.

Se trata de un producto mixto, algo que se transforma en otra cosa. Se produce una condensación con una formación sustitutiva que consiste en producir esa mezcla. Aparece una palabra o una expresión que pueden ser incomprensibles en sí mismas; pero luego se las encuentra provista de sentido en el contexto. El chiste procede a través del doble sentido, a través del juego de palabras, del equívoco.

En todos los casos franquea lo que se puede decir y dice un poco más de lo permitido. En el chiste, no hay descarga inmediata. Hay pasaje por la palabra, aunque ese paso esté oculto o no se advierta a simple vista. Ese paso por el código da cuenta de una terceridad; implica la presencia de lo simbólico: sólo se puede entender un doble sentido, haciendo referencia a un código compartido. Es decir, sostiene y se sostiene en el lazo social.

Respecto del juego, es una actividad que requiere de una diferenciación con la *vida real*. Quienes juegan saben que están participando de una acción excluida de la labor cotidiana: el tiempo del juego es un tiempo opuesto al tiempo del trabajo o del estudio. Es una actividad que se desarrolla en un mundo separado simbólicamente del tiempo útil.

En su auténtica esencia el juego es absolutamente gratuito e inútil por excelencia. Desde esta perspectiva muchos de los juegos del pasado mantuvieron un parentesco con el ocio y el pasatiempo, condición en la cual el tiempo al perderse se disfruta (Barreiro y Mainé, 2010: 16).

Se trata de un esparcimiento que puede tener reglas –sean estas establecidas previamente o improvisadas– que son aceptadas voluntariamente por los participantes. Presentes las reglas o no, la función simbólica es fundamental para su desarrollo. Es, además, un modo de ensayar formas de relacionarse con los otros.

Tanto en el chiste como en el juego hay una legalidad que los sostiene. La norma a veces se franquea, y en ese franqueamiento se realiza algo del orden del deseo. La ganancia de placer está levemente postergada, existe el relato, hay metáfora; la descarga no es directa. Así, la diferencia fundamental que puede establecerse con la burla como acoso y la violencia como entretenimiento es la articulación con el registro simbólico.

Estos modos se presentan aquí como posibilidades para pensar alternativas a la violencia: dan lugar a la ganancia de placer, pero produciendo sustituciones y fortaleciendo el lazo social.

Establecer coordenadas sin «hacer centro».

Sintetizando lo anteriormente planteado, digamos que en todo sujeto se produce una renuncia pulsional para establecer lazo social. Se instaura desde lo cultural, sostenida por quienes lo socializan primariamente. Para que se produzca la identificación con los semejantes –base para la comunidad– es necesario que algo esté prohibido. A partir de reglas que sostienen los adultos, se constituyen nociones que permiten al sujeto ubicarse como uno entre otros.

Las diferencias entre semejantes se pueden regular en tanto hay una diferencia fundamental entre generaciones. La generación precedente es la que enuncia, en base a su experiencia (memoria), lo permitido. Solo a partir de esa diferencia generacional se puede formular y hacer cumplir leyes que posibilitan el vivir con otros.

Sin embargo, parece complicado sostener la diferencia generacional en nuestros tiempos, «tiempos de retirada de las oposiciones» (Rodulfo, 2012). Sostiene este psicoanalista que durante siglos, en nuestras culturas, las relaciones se han ordenado en función de pares opuestos: adulto/niño, fuerte/débil, hombre/mujer, otros. Sin embargo «ya no podemos confiar tanto en la consistencia de la barra divisoria, pues amenaza, más que con quebrarse, con diluirse» (2012: 29)⁹. Las oposiciones no tienen la vigencia de antaño, y esto trae consecuencias sobre el tradicional lugar central del adulto. Señala que «los pares opositivos desde siempre han desempeñado una función de guardianes del poder de la centralidad» (2012: 34). El lugar central del adulto permitía la transmisión de normas con cierta solvencia. Pero hoy los jóvenes no tienen una visión tan idealizada de los adultos, y los adultos no se sienten con demasiadas garantías para sostener frente a los jóvenes. La autoridad basada en la oposición no está funcionando, y cuesta encontrar recursos alternativos que ayuden en la crianza y la educación.

⁹ Incluso, como señala Ricardo Rodulfo, la categoría de adolescencia es en sí misma demoleadora de lo binario.

De manera que puede plantearse que hoy es más difícil «construir legalidades» (Bleichmar, 2010), con el fin de subjetivar: proporcionar coordenadas para posibilitar la ubicación de los sujetos en su contexto. Básicamente porque estas operaciones no pueden soportarse enteramente en las oposiciones. Sin embargo, no por eso se puede dejar de cuidar y educar. Es decir, no se puede abandonar la función de subjetivar, e incluso la de resubjetivar.

Como advierte esta autora, «la escuela tiene que cumplir una función que no puede cumplir ninguna tecnología, que es la producción de subjetividad» (Bleichmar, 2010: 27). A su vez, la familia se redefine hoy como el espacio donde una generación cuida a la otra. La posición del adulto debe ser repensada en ambas instituciones.

Para esto es necesario tener claro que no es lo mismo oposición que diferencia. Es decir, existe la diferencia aunque no se sostengan los pares opuestos como única alternativa, ni el lugar central del adulto como modelo. La función subjetivante no puede dejar de ejercerse, aunque hoy se lleve adelante sostenida en las diferencias no oposicionales. Hay diferencias y hay asimetría entre los jóvenes y los adultos.

Justamente esa asimetría impone a los adultos una responsabilidad respecto de las generaciones más jóvenes.

Producción de subjetividad

Distingamos ahora los términos *subjetividad* y *constitución subjetiva*, a fin de entender los procesos que debería garantizar la función subjetivante, desempeñada por las generaciones mayores.

La subjetividad remite a la posición del sujeto, a las formas históricas que generan las condiciones del sujeto social. Son las modalidades emergentes según la época, con sus particulares condiciones sociales, económicas, políticas, morales, históricas. «La subjetividad está atravesada por los modos históricos de representación con los cuales cada sociedad determina aquello que considera necesario para la conformación de sujetos aptos para desplegarse en su interior» (Bleichmar, 2006).

En cambio, la constitución subjetiva se refiere a las maneras en que se forma el psiquismo, a los mecanismos fundamentales que determinan su funcionamiento. De modo entonces que da cuenta de los universales que hacen a la estructuración del aparato psíquico, donde independientemente de los cambios epocales (aunque dentro de ciertas posibilidades de modificación), los sujetos están constituidos por leyes que sostienen los procesos psíquicos. Así, si bien la estructura permanece invariante se presentan hoy –así como en cada época– específicas condiciones de subjetividad que dan lugar a nuevos síntomas y problemáticas.

(...) todos estos seres humanos, sin embargo, y dentro de cierto margen de variación, tienen las mismas reglas de funcionamiento psíquico de los historiales clásicos: están atravesados por la represión –aun cuando algunos contenidos de lo reprimido hayan cambiado–, con una tóptica que permite el funcionamiento diferenciado de sus sistemas psíquicos, tienen un superyó cuyos enunciados permiten la regulación tendiente a evitar la destrucción tanto física como psíquica, y cuando no cumplen estas regularidades se ven expulsados de la posibilidad de dominio sobre sí mismos y en riesgo de saltar hacia modos de fractura psíquica (Bleichmar, 2004, párr. 2).

Ahora bien: los adolescentes y los jóvenes son sujetos en proceso de constitución y construcción de sus subjetividades. Esa es la diferencia que hay entre las distintas generaciones: la altura a la que se encuentran en cuanto a sus procesos de constitución subjetiva y de subjetivación. La generación más antigua, dado que cuenta con dichos procesos ya configurados, sostiene a la más joven en el desarrollo y durante el tiempo de mayor endeblez y vulnerabilidad psíquica. Los adultos cuentan con experiencia y memoria, lo cual los ubica en una situación asimétrica respecto de los jóvenes. Aun cuando esa asimetría no sea tal en todos los aspectos, sí lo es en este. De modo que pueden proporcionar ciertos ejes para la subjetivación.

La producción de subjetividad tiene que ver con otorgar un lugar al otro. Y con ofrecer herramientas que posibiliten la ocupación de ese lugar.

Esas herramientas están sostenidas en el manejo de lo simbólico. A partir de ese sostén suministrado en principio por los otros sociales, es posible que el adolescente se responda a preguntas que le permitirán ubicarse en la vida. Los interrogantes se refieren fundamentalmente a tres aspectos: la orientación sexual, la ubicación generacional y la diferenciación entre la vida y la muerte. En principio, toda cultura humana produce marcas en esos tres ejes como ordenadores de la vida social. Por un lado plantean límites, pero por otro lado abren posibilidades. De este modo quedan algunos objetos sexuales prohibidos y otros permitidos. También se delimitan los grados de parentesco: es decir, se establece quién es hijo o hija, padre, madre o hermano (por ejemplo, mediante el uso de nombres y apellidos) y queda reglado lo que se hace con los muertos (que deben estar separados por barreras simbólicas y reales del mundo de los vivos). Estas construcciones permiten posicionarse en relación con los otros: como seres mortales (en tanto vivientes), sexuados y hablantes. Es decir, hacen al lazo social.

La violencia relacional y el acoso entre pares pueden leerse como muestras de quiebres en dichos procesos de subjetivación. En estos fenómenos, nos encontramos con jóvenes que aparecen en posición de objeto: tomados por el otro para su satisfacción pulsional (en el caso de la víctima), o bien arrastrados por su propio circuito pulsional (en el caso del hostigador). Sin poder acotar ni poder frenar; por fuera del discurso, requieren de alguien que abra el espacio para su resubjetivación. Solos no pueden salir.

Tanto estas dificultades como las alternativas de salida, deben pensarse en relación con esas funciones que necesariamente deben cumplir los adultos (encarnados en madres y padres, docentes, profesionales, instituciones). A menudo las problemáticas se originan en el hecho de que esas funciones se están cumpliendo muy fallidamente. En esos casos el adolescente queda sin un marco de referencia que lo ubique, que le permita configurar su realidad y por lo tanto relacionarse creativamente con los otros.

Para concluir: sostener la función subjetivante

Retomemos las preguntas que se han ido dibujando a lo largo de este recorrido.

En primer término: en las situaciones de violencia/acoso, ¿cómo intervenir desde algún lugar y no quedar sometidos como cómplices silenciosos u observadores impotentes? ¿De qué modos promover el lugar de sujetos?

Y luego ¿desde dónde construir legalidades, en «tiempos de retirada de las oposiciones»?

Las intervenciones más efectivas, al ser relatadas por docentes, giran alrededor de tres cuestiones: la circulación de la palabra y la escucha, la contención/acompañamiento y la reflexión del adulto sobre su propia implicación y posición.

Estas cuestiones tienen que ver con brindar posibilidades para que circule lo simbólico, con construir mensaje a partir de algo que estaba destinado a ser solo descarga pulsional y con dar lugar a la producción de sujetos. En otras palabras: se articulan con la función subjetivante que sostiene el adulto con relación al joven.

Esta función, es la que primariamente ubica al cachorro humano como sujeto y al situarlo allí, lo humaniza, y aporta elementos para las identificaciones que darán lugar a los procesos de conformación de la identidad.

La función subjetivante en relación con los fenómenos de violencia, se pone en marcha cuando se da lugar a la pregunta, abriendo el espacio para que se despliegue ese otro que está amordazado o ausente. Subjetivar es abrir espacios de simbolización: espacios para el juego, el chiste, la anécdota, la producción artística: es decir, aquellos que alojan la terceridad en lugar de excluirla.

Abrir espacios de subjetivación no tiene que ver con la cantidad de sujetos con los que se trabaje. Tiene que ver con la posición que se toma frente a ellos. De hecho, hay prácticas individuales que pueden ser alienantes, y también hay políticas públicas que pueden ser profundamente subjetivantes, pues enriquecen, liberan, producen sujeto.

Nuevamente Fernando Ulloa nos aporta términos para pensar: afirma que la contrapartida de la crueldad es la ternura. Y considera a la ternura como el primer elemento para que se constituya un sujeto social. Mientras

que la crueldad excluye al tercero de la ley, en la ternura siempre ese tercero resulta esencial. La ternura comprende el abrigo, el alimento y el buen trato (Ulloa, 1999). Puede decirse que no habrá subjetivación sin la dimensión de la ternura.

Se trata de abrir espacio al sujeto, de reconocerlo como distinto y ajeno, pero a la vez semejante: de sostener un espacio para que despliegue su palabra. Se trata pues, de promover la terceridad desde una posición diferenciada de la del adolescente (aunque no necesariamente opuesta).

Se trata de hacer pasar la violencia al registro de la pregunta y la palabra. Es decir: de producir síntoma, chiste o juego con ella; de promover las sustituciones en lugar de quedarnos expectantes frente a la descarga directa.

Pensemos la violencia entre pares como un llamado a la subjetivación. Es necesario interrogarla, abrir espacio para que se diga y soportar su complejidad, desde una posición comprometida con el crecimiento y desarrollo de nuestros adolescentes y jóvenes.

Bibliografía

- BARREIRO, Héctor y MAINÉ, Margarita (2010). *Mantantirulirulá. Juegos y canciones del ayer*. Buenos Aires, Biblos.
- BLEICHMAR, Silvia (2004). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires, Editorial Topia.
- (2006). *Límites y excesos del concepto de subjetividad en psicoanálisis*. IV Congreso APU. Recuperado el 4 de diciembre de 2012, de http://www.apuruguay.org/bol_pdf/bol-bleichmar-2.pdf.
- (2010). *Violencia social-violencia escolar. De la puesta de límites a la construcción de legalidades*. Buenos Aires, Noveduc.
- CICUTTO, Aldo; ECHAVE, María Nieves, RODRÍGUEZ YURCIC, Ana Laura (2010, noviembre). «La violencia, ¿entretiene?». Trabajo presentado en el II Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XVII Jornadas de Investigación, Sexto encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Buenos Aires, Facultad de Psicología, UBA.
- CICUTTO, Aldo (2011). «Bullying. Un estudio desde la subjetividad». Trabajo presentado en el III Congreso Internacional de Investigación, Derecho y Ciencias Sociales. Santiago del Estero, Argentina.
- DONAS BURAK, Solum (2001). «Marco epidemiológico conceptual de la salud integral y el desarrollo humano en adolescentes». En DONAS BURAK, Solum (compilador) *Adolescencia y juventud en América Latina*. Cartago, LUR (pp. 469-487).
- FREUD, Sigmund (1987). *Obras completas*. Buenos Aires, Amorrortu. En ellas:
(1900) *La interpretación de los sueños*. Volumen V.
(1905) *El chiste y su relación con lo inconsciente*. Volumen VIII.
(1912) *Tótem y tabú*. Volumen XIII.
(1921) *Psicología de las masas y análisis del yo*. Volumen XVIII.
(1930) *El Malestar en la Cultura*. Volumen XXI.
- GEREZ AMBERTÍN, Marta (2009) *Curso de posgrado. Lazos perversos en las neurosis y perversiones*, Facultad de Psicología, UBA.
- GIL MORENO, María del Carmen; GUERRERO PUPPIO, Marta; ABATE, Nora, GONZÁLEZ; Ana Carolina; GARROCHO, María Florencia; ZABALA, Ana María (2010, noviembre). «De la violencia a la construcción de convivencia en la escuela». Trabajo presentado en las II Jornadas de Investigación

- y Práctica Profesional en Psicología, XVII Jornadas de Investigación, Sexto Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Buenos Aires, Facultad de Psicología, UBA.
- MARGULIS, Mario y URRESTI, Marcelo (2000). «La juventud es más que una palabra». En MARGULIS, Mario (editor) *La juventud es más que una palabra* Buenos Aires, Biblos (pp. 13-30).
- RODULFO, Ricardo (2012). *Padres e hijos. En tiempos de la retirada de las oposiciones*. Buenos Aires, Paidós.
- ULLOA, Fernando (1999). *Sociedad y crueldad*. Recuperado el 18 de octubre de 2012 en <http://www.psicomundo.com/foros/egp/sociedad.htm>
- (2012). *Novela clínica psicoanalítica*. Buenos Aires, Zorzal.
- VECCIA, Teresa; CALZADA, Javier y GRISOLIA, Érica (2008). La percepción de la violencia entre pares en contextos escolares: un estudio cualitativo. *En Anuario de Investigaciones*, Vol. 15. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.